



# La Santa Sede

---

MISA DE FUNERAL EN SUFRAGIO DEL CARDENAL ALBERTO BOVONE

## *HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II*

*Lunes 20 de abril de 1998*

1. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc 23, 46*). Las palabras de Jesús, su última invocación al Padre desde la cruz, nos guían en la meditación y en la oración, mientras nos hallamos reunidos aquí, en la basílica vaticana, para celebrar el sagrado rito de sufragio por el venerado hermano cardenal Alberto Bovone, que falleció el viernes pasado. Creado cardenal en vísperas del tiempo de Cuaresma, partió hacia la Jerusalén celestial, después de una dolorosa enfermedad, al final de la octava de Pascua, anticipación en el tiempo del día sin ocaso de la eternidad.

Su última Pascua la vivió como cardenal, y la Providencia le pidió de inmediato el testimonio definitivo, a fin de que la calidad probada de su fe, de acuerdo con las palabras del apóstol Pedro, se convirtiera en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la revelación de Jesucristo (cf. *1 P 1, 7*).

El misterio de la Pascua lo configuró plenamente a su Señor, por el que entregó su vida, amando hasta el fin a la Iglesia y a cuantos, en ella, habían sido encomendados a su cuidado de pastor solícito y bueno.

2. La muerte de Jesús en la cruz abre a cada hombre que viene a este mundo, y que de este mundo parte, un océano de esperanza. «Expiró», dice el evangelista (*Lc 23, 46*; cf. *Jn 19, 30*). Este último suspiro de Cristo es el centro de la historia, que precisamente en virtud de él es historia de la salvación.

Al expirar Jesús en la cruz, Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se entregó totalmente a la humanidad, venciendo el pecado y la muerte. Esa respiración humana que se acababa era

sacramento del inagotable Espíritu de vida, que al tercer día resucitó al Hijo del hombre, al «testigo fiel», haciéndolo «primogénito de entre los muertos» (Ap 1, 5).

Quien muere en el Señor es «feliz ya desde ahora» (cf. Ap 14, 13), porque una su expirar al de Cristo, con la esperanza segura de que «quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él» (2 Co 4, 14).

3. «Dichosos los muertos que mueren en el Señor» (Ap 14, 13). La sagrada Escritura nos recuerda que para *morir en el Señor* es preciso *vivir en el Señor*, confiando diariamente, momento a momento, en su gracia y esforzándose por corresponder a ella con todas las fuerzas.

Vivir en el Señor. ¡Cómo no dar gracias a Dios en este momento, mientras el corazón sufre por la muerte de este venerado hermano nuestro, por *el testimonio de fidelidad* que nos deja! Durante su vida nos dio un ejemplo luminoso de dócil seguimiento de Cristo. Sí, esta eucaristía que celebramos juntos es, ante todo, acción de gracias por el don de un cristiano y un pastor que con gran discreción edificó la Iglesia, en los diferentes encargos que se le confiaron, sobre todo en la Curia romana.

4. En efecto, fue precisamente en el ámbito de la Curia donde comenzó en el año 1951 su servicio, que prosiguió, ininterrumpidamente, hasta su muerte. Su profunda y equilibrada formación espiritual, apostólica y doctrinal, y más aún sus virtudes de fiel laboriosidad y de cordial apertura, así como su sabiduría, le permitieron prestar durante muchos años una valiosa colaboración primero en la Congregación del Concilio, que más tarde se convirtió en Congregación para el clero y, sucesivamente, en la Congregación para la doctrina de la fe, de la que yo mismo lo nombré secretario en el año 1984, elevándolo a la dignidad de arzobispo. A lo largo de once años fue un eficaz colaborador del cardenal Ratzinger, que lo consagró obispo y le dispensó un afecto realmente fraterno.

Concluyó su servicio a la Sede apostólica como prefecto de la Congregación para las causas de los santos, dicasterio importante para la vida de la Iglesia, cuya finalidad esencial es vivir y testimoniar en cada momento la santidad de Dios. Estoy seguro de que la entrega al Evangelio y el anhelo de santidad, que su peculiar ministerio de este último período le permitió intensificar examinando la vida de tantos siervos de Dios y beatos, hoy encuentran ante el Padre el cumplimiento que todo bautizado espera constantemente. Ojalá que ahora, en el cielo, salgan a su encuentro los beatos y los santos que aquí, en la tierra, él contribuyó a que fueran reconocidos, y lo introduzcan en el gozo del paraíso.

5. Queremos unir, con ese fin, nuestra oración, reconociendo que, a pesar de las imperfecciones humanas siempre presentes en la vida de quien es peregrino aquí abajo, nuestro venerado hermano el cardenal Bovone fue un sacerdote de fe cristalina, alimentada con una oración constante. Una espiritualidad sólida, arraigada en la educación que recibió en la familia, en la

parroquia y en el seminario, lo sostuvo en el fiel ejercicio del ministerio sacerdotal, y le permitió realizar un admirable equilibrio entre el trabajo en la Curia y la actividad pastoral. Esta riqueza de dones del Señor, que supo aprovechar tan bien durante su peregrinación terrena, hace pensar en los aromas que las mujeres, discípulas de Jesús, llevaban consigo, según las palabras del evangelista, al acudir al sepulcro muy de mañana (cf. *Lc 24, 1*).

6. El cardenal Bovone, sin embargo, con su modestia característica, no exenta de sano humorismo, nos invita a no detenernos en su persona, sino más bien a dirigir nuestra mirada al misterio: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado » (*Lc 24, 5-6*). Al final de la octava de Pascua, del «día que hizo el Señor», nos invita, como bautizado, como pastor y como cardenal, a hacer nuestras las palabras del apóstol Pedro: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible» (*1 P 1, 3-4*).

Nuestra vida está en las manos del Señor, siempre, en cada instante, y sobre todo en el momento de la muerte. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Por esto, nuestro hermano nos pide que lo acompañemos con la oración, mientras realiza el paso de este mundo al Padre.

Ojalá que, sostenido por la maternal intercesión de María santísima, «alcance la meta de su fe, la salvación de su alma » (cf. *1 P 1, 9*). Que «rebose de alegría inefable y gloriosa» (cf. *1 P 1, 8*), contemplando finalmente, y para siempre, a Aquel que amó en la tierra sin verlo: a Jesucristo, nuestro Señor, al que sea gloria y alabanza por los siglos eternos. Amén.